

3. Ciencias Políticas y Sociales

Figuras de la discursividad política en la Argentina contemporánea: la construcción del joven en el discurso macrista

Buonfiglio, Yair

yairb@conicet.gov.ar

Centro de Investigaciones y Estudios en Cultura y Sociedad (CIECS)

Universidad Nacional de Córdoba

CONICET

Resumen

Las transformaciones en el escenario político argentino que sobrevinieron tras la derrota del kirchnerismo en el ballottage presidencial de 2015 aparecen como el correlato de inversiones más generales en la discursividad social. En efecto, tópicos (Angenot, 2010) y significantes que durante más de una década habían ocupado zonas periféricas de la cartografía discursiva, hoy se encuentran en espacios relevantes, recuperando tal vez –aunque nunca de la misma manera- posiciones de privilegio sostenidas durante el neoliberalismo. A la vez, la “lengua” del populismo (Barros, 2013) ha sido dislocada.

En este marco, analizamos el modo como las figuras del joven y la juventud son construidas en la discursividad política contemporánea. Específicamente, este trabajo propone un abordaje del discurso macrista y abreva tanto en fragmentos de la campaña electoral presidencial como en discursos de Mauricio Macri. El análisis sociosemiótico del discurso nos permite pensar el modo como dicho proceso político articula con reconfiguraciones más amplias del discurso social, de tal modo que significantes, temáticas, fetiches que ocupaban espacios relativamente periféricos cobraron centralidad y se convirtieron en claves legítimas de intelegibilidad del mundo. De este modo, es posible sostener que un discurso que fetichiza el mérito, el emprendedorismo, el esfuerzo individual y la competencia se ha impuesto por sobre un lenguaje que tenía a la igualdad y los derechos en el centro de su gramática.

Palabras clave: discurso político, macrismo, juventud, semiótica

Introducción

El triunfo de la alianza Cambiemos en las elecciones presidenciales de 2015 trajo consigo no solamente transformaciones profundas en la producción, el trabajo y la distribución de la riqueza, sino que también consagró un nuevo orden de lo decible en la Argentina. En efecto, hemos asistido al proceso de construcción de una nueva hegemonía, tanto en el sentido de Laclau (2015) como en el de Angenot (2010), en tanto las nuevas articulaciones políticas que lograron representar legítimamente lo social operaron en el marco de reconfiguraciones culturales más profundas que se materializaron en la redefinición de las posiciones relativas centro-periferia de la cartografía discursiva.

Tales transformaciones han ocurrido en un contexto regional marcado por el “giro a la derecha” de los gobiernos latinoamericanos. Es que, como bien sostuvo Arditi (2009), mientras que la primera década del siglo veintiuno estuvo signada por procesos de “reencantamiento” con/de la política merced a una serie de avances en materia de derechos sociales, políticos y

económicos propiciados desde los distintos estados, la nueva década ha dado lugar a un progresivo pero también sostenido avance de las derechas (neo)liberales en países antes gobernados por distintas expresiones de la izquierda.

El análisis sociosemiótico del discurso nos permite pensar el modo como dicho proceso político articula con reconfiguraciones más amplias del discurso social, de tal modo que significantes, temáticas, fetiches que ocupaban espacios relativamente periféricos cobraron centralidad y se convirtieron en claves legítimas de intelegibilidad del mundo. En otras palabras, se torna relevante indagar acerca del proceso de construcción de una nueva hegemonía en torno a significantes que emergieron para nombrar de manera legítima la totalidad de lo social.

En trabajos anteriores nos hemos ocupado de analizar el modo como determinadas escenas discursivas permitían vislumbrar nuevos sentidos legítimos para el significante “joven”/“juventud” que contrastaban con aquellos que habían sido sostenidos por el discurso kirchnerista. En tales

oportunidades, advertíamos también que la discursividad macrista redefinía no solamente el rol de estos sujetos, sino también el de otras figuras tales como el trabajador, el empresario y el Estado.

Consideramos que, transcurridos casi tres años del gobierno de Cambiemos, es posible describir una matriz discursiva que opera como una suerte de “gramática liberal” en la producción social del sentido. Al respecto, sostendremos que se ha producido un radical trastrocamiento en los valores que aparecen como legítimos en el discurso político hegemónico. Mientras que el discurso kirchnerista construía un enunciador populista cuyo proyecto consistía en suturar las heridas producidas a un pueblo dañado, la lengua del macrismo instituye el mérito individual como valor central en la vida de los individuos, cuyo bienestar habría de alcanzarse a partir de la suma de esfuerzos personales y no como resultado de la intervención del Estado. A la vez, la hiperrepresentación del pueblo movilizado, la patria y el Estado en el discurso kirchnerista contrasta con una discursividad macrista que hace aparecer individuos despojados de roles sociales e institucionales.

Objetivos

El objetivo general de nuestra investigación ha sido contribuir a la producción teórica y analítica acerca de la discursividad política y mediática contemporánea en Argentina.

Respecto de los objetivos específicos, nos hemos propuesto analizar la construcción de la figura del joven en el discurso político actual y contrastarla con modalidades imperantes en el pasado reciente.

Materiales y Métodos

En orden a los objetivos definidos, nuestro corpus ha estado conformado por fragmentos del “tejido” (Verón, 1993) discursivo contemporáneo inscriptos en el género “discurso político”. Al respecto, es preciso señalar que nos hemos distanciado de la definición más bien acotada que, sobre tal noción, ha propuesto Verón (1987), en tanto entendemos, junto con Laclau (2015) que el discurso es la sede de inscripción de los conflictos sociales y, por lo tanto, es allí donde se dirimen las disputas por la nominación legítima del mundo. En consecuencia, puede considerarse “político” todo discurso en la medida en

que procure establecer y fijar el sentido de las cosas. Esto permite incorporar al análisis fragmentos de la discursividad social procedentes de la enunciación mediática en general y periodística en particular, lo cual se torna relevante en el contexto de sociedades hipermediatizadas. No obstante, el análisis aquí presentado recoge fragmentos de la enunciación política tradicional, esto es, producciones de enunciadores que aparecen ligados a la institucionalidad estatal, concretamente al Poder Ejecutivo de la Nación.

Nuestra metodología de análisis, por otra parte, integra nociones operativas procedentes de la semiótica estructuralista francesa, los cuales ofrecen un metalenguaje que permite describir invariantes narrativas, con marcos de interpretación constructivistas y posfundamento. Con ello, hemos intentado proyectar ciertas estructuras del discurso político como intentos parciales, precarios y contingentes de fijar un sentido acerca del “ser joven” que colisiona con otras narrativas circulantes.

Resultados y Discusión

De acuerdo con Benjamín Ardití (2009), es posible identificar ciertas

invariantes que han sido transversales a los heterogéneos y complejos procesos políticos que atravesaron América Latina durante la primera década del siglo XXI. Para el politólogo paraguayo, el fortalecimiento del Estado y, con ello, la regulación del mercado, la distribución del ingreso en orden a una mayor justicia social y cierta tendencia al acrecentamiento de la participación social en la vida política son rasgos que han caracterizado a los gobiernos de Chavez en Venezuela, Morales en Bolivia, Vázquez en Uruguay, Da Silva en Brasil, Ortega en Nicaragua, Correa en Ecuador y Kirchner en Argentina (Arditi, 2009).

Dicho proceso, conocido como “giro a la izquierda”, tuvo su correlato argentino con los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner. Durante este período, el discurso gubernamental hizo de la igualdad y el “para todos” el centro de articulación de diferentes demandas. Así, los excluidos del mercado tuvieron su respuesta en la Asignación Universal por Hijo y la universalización de las jubilaciones, las minorías sexuales obtuvieron el matrimonio igualitario y la ley de identidad de género, los estudiantes recibieron netbooks que contribuyeron a reducir la “brecha digital”, los trabajadores sindicalizados recibieron

recomposiciones salariales, entre otras decisiones inscriptas en el mismo horizonte.

Como hemos sostenido en otros trabajos (Buonfiglio, 2016), si tuviésemos que abstraer una estructura común al relato kirchnerista podríamos establecer que allí se presenta al Estado como el sujeto de hacer por excelencia, aquel que habría de operar una serie de transformaciones cuya finalidad sería poner al pueblo –plebs (Aboy Carlés, 2010)- en conjunción con los objetos de valor que el neoliberalismo le habría quitado ilegítimamente. En este macroprograma narrativo, que se corresponde con la caracterización que Barros (2012) ha formulado acerca de las articulaciones populistas, el ciudadano/sujeto modelo es aquel que se involucra con los procesos colectivos de transformación social desde su contribución –vía militancia- al sostenimiento de la orientación asumida por el Estado.

Pero este modo de nombrar lo real, que había logrado representar de manera más o menos legítima la totalidad de lo social durante una década, comenzó a perder efectividad para responder a la heterogeneidad de demandas particulares. Se produjo, así, lo que

Barros (2013) denomina dislocación, lo cual, como advierte el politólogo, abre el espacio de representación a posibilidades que hasta ese momento no se percibían como tales. Esto se produjo en el contexto de una relativa estructuralidad donde un lenguaje disponible –el neoliberal- fue articulado con algunos tópicos novedosos. Esto, finalmente, logró interpelar exitosamente a una mayoría que terminó por elegir a Mauricio Macri como presidente de la Nación.

Este nuevo lenguaje construyó un relato sustancialmente diferente al del kirchnerismo (Buonfiglio, 2016). Allí, el sujeto que aparece como protagonista de los proyectos de transformación social es el empresario. El Estado, por su parte, queda reducido a un rol de ayudante/facilitador, o incluso se espera de él que realice la menor cantidad posible de acciones, lo cual es interpretado como no-obstaculizar los programas narrativos que se le atribuyen al sujeto de hacer. En este marco, el rol que se le asigna al sujeto/ciudadano es el de construir y gestionar su propia competencia a fin de adecuarse a las necesidades del mercado e incorporarse, así, al proyecto empresarial.

En consecuencia, la transformación social se produciría ya no como resultado

de una acción colectiva liderada por el Estado, sino como la suma de haceres individuales que tienen a los empresarios, también individualmente, como protagonistas. El ciudadano, por su parte, ya no aparece como el destinatario de objetos de valor otorgados por el Estado, sino que debe resolver sus propias carencias sin ayuda de ningún tipo, con recurso al mérito en tanto hacer caracterizado por el énfasis en el querer y el poder.

Tras doce años en el gobierno, el discurso kirchnerista vio erosionada su capacidad para fijar la interpretación legítima de lo real. Un orden frágil y precario se resquebrajó progresivamente, lo que concedió a otras representaciones políticas posiciones cada vez más visibles y relevantes en la disputa por la nominación legítima del mundo. Finalmente, el triunfo de la alianza Cambiemos en los comicios de 2015 representó no sólo una victoria electoral, sino también –y quizás fundamentalmente- la consagración de un nuevo relato, una nueva forma de interpretar el mundo y, con ello, de proyectarlo.

Si el discurso kirchnerista se estructuraba en torno a la idea del Estado como agente de transformación –una

transformación que procuraba la igualdad, la ampliación de derechos, la confrontación con los poderosos, el rescate de los silenciados y, en definitiva, la construcción de un “para todos”-, en el discurso del Pro el Estado no es más que un agente facilitador de las acciones individuales/privadas. El sujeto que hará la historia es el empresario (Buonfiglio, 2016), mientras que el ciudadano –como sujeto individual, no ya como parte de un pueblo- debe reunir las condiciones requeridas para integrarse de manera eficiente al sistema.

En este marco, cabe preguntarse qué lugar ocupan los jóvenes en el nuevo panorama del discurso político. Y podríamos responder, en principio, que si ya no hay pueblo, si las transformaciones sobrevendrán como consecuencia de una suma de acciones individuales, el lugar del joven ya no es la política, ya no es el colectivo, sino la empresa, la institución educativa –donde adquiere individualmente las competencias y los conocimientos que lo harán un mejor individuo-, la ONG –donde, como individuo, ayudará a mejorar la vida de otros individuos e incrementará, de paso, cualidades individuales tales como la empatía o la sensibilidad, requeridas a menudo en el universo del management-

y, para quienes no logren integrarse, los lugares de encierro o apartamiento social.

Un spot perteneciente a la campaña presidencial de Mauricio Macri es ilustrativo respecto de tal narrativa. Allí, puede verse al candidato acompañado por una niña y sus padres. Mientras él la sienta sobre sus piernas y la acaricia, ella le cuenta que vende flores para juntar dinero y, así, poder comprarse una bicicleta. En la escena siguiente, aparecen las plantas que la niña cuida y el candidato que la felicita por su iniciativa. Es que aquí ya no hay para todos: si el pobre quiere una bicicleta, debe trabajar para poder comprarla, aun si es un niño. Si en el relato macrista el ciudadano modelo es aquel que pone su fuerza de trabajo a disposición del empresario, la figura del joven que se ensalza pareciera ser la del joven trabajador, o incluso la del niño trabajador como metáfora emblemática de ese imperativo que se proyecta para todo el pueblo.

En una reciente intervención pública, el presidente Macri pronunció estas palabras:

...hay un elemento, algo fundamental en el futuro de un país, que son sus jóvenes (...) Hay muchos de ellos como Francisco, de San Juan, que me dice "Yo quiero tener mi primera oportunidad", dice en su mensaje.

"También estamos nosotros, los jóvenes con ganas de trabajar, de aprender, con ganas de salir adelante día a día, no queremos planes, queremos ganarlo con nuestro sudor (...)" Y yo te digo, Francisco, no tengas dudas: estamos trabajando para que todos ustedes tengan una oportunidad, tengan esa primera oportunidad que les permita empezar a construir ese desarrollo personal.

En la voz de un joven anónimo, el enunciador hace aparecer la oposición entre el dinero ganado con "sudor" y aquel que sobrevendría sin ningún esfuerzo, a través de la ayuda estatal materializada en los "planes". Este ciudadano, cuya voz Macri opta por incluir en su discurso a modo de ejemplo-ejemplar, no quiere planes, esto es, no quiere recibir dinero sin que eso sea a cambio de un esfuerzo físico que lo haría sudar. Rechaza la ayuda del Estado porque rechaza la igualdad, la universalidad, el "para todos". En el mundo de Macri, tener es poder marcar una diferencia; la desigualdad se torna deseable porque en ella se prolongan las virtudes del individuo. Sin embargo, el trabajo, la puesta de la fuerza laboral a disposición del mercado, ya no es solamente la única opción que los pobres tienen para ganar dinero de manera legítima. Es un fin en sí mismo.

Es un objeto erotizado. El ciudadano modelo trabaja para el empresario porque desea –con la fuerza que el psicoanálisis le ha dado a este significante- trabajar. Además, y casi como un detalle, puede ganar dinero.

Conclusiones

Algunas líneas más arriba nos preguntábamos qué lugar ocupan los jóvenes en la nueva cartografía discursiva. Podríamos, ahora, comenzar diciendo qué no son. Ya no son sujetos colectivos, ya no son multiplicidades organizadas y articuladas, ya no disputan el Estado como herramienta de transformación social, ya no luchan contra las desigualdades porque ya no buscan la igualdad, sino la diferencia. En el discurso del Pro, el lugar que le corresponde al joven legítimo es el trabajo porque sólo de esa manera –esto es, a través de su accionar individual –logrará producir cambios también individuales. El joven vuelve, entonces, a preocuparse por su mundo inmediato y no por las grandes cuestiones de la vida social. Ya no está llamado a discutir –y hacer –el mundo en el que quiere vivir, sino a encajar, como un engranaje, en un mundo injusto y desigual que otros han diseñado.

Tal diagnóstico, sin embargo, corresponde a los discursos dominantes. A lo que las fuerzas políticas gobernantes junto con los grandes medios intentan que sea la única forma posible de pensar en nuestros jóvenes. Pero, como sabemos, todo intento por nombrar lo real es frágil y la hegemonía pos/neo liberal ha comenzado a resquebrajarse, quizás antes de lo previsto por quienes controlan las industrias de la comunicación. Tal vez esto sea consecuencia de los malestares prohijados durante el último bienio en diversos aspectos de la vida social y, sobre todo económica. Sufrimientos que, en definitiva, exceden los límites del lenguaje, aun cuando requieren un signo que los represente. Quizás los significantes que puedan poner en palabras el malestar restituyan también sentidos acerca de la juventud que permitan pensarlos nuevamente como sujetos colectivos, transformadores y constructores de emancipación.

Bibliografía

Aboy Carlés, G. (2010). “Populismo, regeneracionismo y democracia”. En *Postdata*, Vº 15, Nº 1. Recuperado en 01 de mayo de 2018, de <http://www.revistapostdata.com.ar/201>

[2/01/populismo-regeneracionismo-y-democracia-gerardo-aboy-carles/](#)

Angenot, M. (2010). *El discurso social*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

Arditi, B. (2009). "El giro a la izquierda en América Latina: ¿una política post-liberal?". En *Ciências Sociais Unisinos*, Vol. 45, N° 3, septiembre-diciembre de 2009. Recuperado de http://revistas.unisinos.br/index.php/ciencias_sociais/article/view/4905

Barros, S. (2002). *Orden, democracia, estabilidad*. Córdoba, Argentina: Alción.

Barros, S. (2013). *Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo*. Buenos Aires, Argentina: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Buonfiglio, Y. (2016). "Los nombres del cambio: apuntes para una cartografía del discurso político en la Argentina pro". En *Raigal, revista interdisciplinaria de Ciencias Sociales*, N° 2. Villa María, Argentina: Universidad Nacional de Villa María.

Laclau, E. y Mouffe, C. (2015). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

Verón, E. (1993). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona, España: Gedisa.

Verón, E. (1987). "La palabra adversativa". En *El discurso político. Lenguaje y acontecimientos*. Buenos Aires, Argentina: Hachette.

Financiamiento

- Beca doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas.

- Subsidio de la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Córdoba al proyecto "Tensiones en la democracia argentina: nuevas figuras de la discursividad política", dirigido por la Dra. Fabiana Martínez.